


 LUIS
ACEITUNO

Piqui

La última vez que lo vi, bromeamos sobre dos o tres cosas y nos reímos de buena gana, como siempre. Yo participaba junto a Raúl de la Horra y Miguel Ángel Sandoval en un conversatorio sobre el más reciente libro de este último. Memorias del proceso de paz, memorias de la guerra, memorias de un tiempo convulso que nos había arrastrado a todos. *El Piqui*, Roberto Díaz Castillo, se había acercado junto a Estela, su esposa, al Centro cultural de la Cooperación Española en La Antigua Guatemala para escucharnos. Lo tomé como un cumplido, como un gesto de cariño hacia nosotros.

A pesar de los estragos que le causaba la enfermedad, nunca perdió la elegancia y el porte, las finas maneras, el trato cordial, delicado y amable de la gente cultivada, la inteligencia aguda, brillante, el sentido del humor, la curiosidad por lo nuevo, la memoria prodigiosa, el espíritu de contradicción y de debate. Era una delicia platicar con él, gente que hizo de la conversación, aún casual y cotidiana, un arte.

Recuerdo de reuniones en la casa antigüeña de Adolfo y Mariel, en donde como nos reprochaba Monteforte, no nos cansábamos de hablar, de discutir, de intentar atrapar una Guatemala que se nos volvía ajena, que nunca quisimos que se convirtiera en esta inmundicia que nos rodea, en esta corrupción, en esta desmemoria absoluta.

El Piqui y los mejores cerebros de su generación lucharon y siguen luchando por devolverle la dignidad a este país, desde las ideas, desde la cultura, desde la palabra. Con su muerte nos vamos quedando un poco más desprotegidos y huérfanos, sin referencias éticas, sin conexiones hacia la utopía de un mundo mejor, más humano, más libre.